

ejemplo saludable en una de las leyes con que Solón puso a gobernarse al pueblo ateniense. Esa ley «disponía que fuese notado de infamia el que en una sedición no hubiera sido de ninguno de los dos partidos.» Y añade el comentarista: «Era su objeto, según parece, que ninguno fuese indiferente o insensible a las cosas públicas, poniendo en seguridad las suyas propias y lisonjeándose de no padecer y sufrir con la patria, sino que desde luego se agregara a las que sentía mejor y con más justificación, y les diera auxilio, corriendo a su lado, en lugar de esperar tranquilamente a ver quien vencía.»

¿Qué mengua de la honra traía al ateniense la pena de infamia? En la severidad de Solón debió encontrar tal anatema una fuerza avasalladora. El sabio estaba modelando la conciencia de un pueblo y a su genio no se escapaba ningún detalle que librara su obra de la estructura vidriosa. El ciudadano tenía que definirse, porque esta actitud lo llena de virilidad y lo impulsa a la batalla. La ley sigue siendo ejemplar, inconvencional a través de los tiempos,

Y es que la naturaleza humana también sigue inconvencional siglo a siglo. La indiferencia que el legislador quiso matar en los atenienses sigue en los hombres de nuestros días llena de los mismos males que la hicieron merecedora de la pena de infamia. Nuestros hombres y nuestras mujeres no tienen intereses en las cosas públicas. Para ellos lo mismo da que se resuelvan de un modo o de otro, siempre que, como asegura el juicio cruel, no dañen el bolsillo o impongan opresión corporal. Y esto es tradicional. ¿No dicen acaso los historiadores que para asumir nuestra condición de pueblo libre esperamos a que

«se disiparan los nublados del día?» Y esto que no teníamos otra batalla que dar, que la de firmar el acta de independencia. Pues todavía miramos nuestros problemas con el espíritu del liberto sumiso y apocado. Hay que renovar el Congreso y dejamos que la tarea la atropellen los politicastos. Los más aguardamos a que los nublados del día se disipen, metidos en las casas hasta el momento de cerrarse la votación. Ocurre una traición militar y buscamos un sumidero desde el cual poder «ver desarrollarse los sucesos.» Caen periódicamente las mangas de las langostas que el capital organizado afuera para la conquista nos lanza, y metidos en la concha de nuestra indiferencia dejamos que acaparen energía eléctrica y rutas aéreas y regiones enteras de tierras y medios de transporte, esperando que la Providencia intervenga.

Somos seres teñidos por el mismo vicio que el ateniense condenó a la infamia. Necesitamos la ley que nos ciña a tomar una determinación. Porque sin un impulso recio del espíritu por defender las cosas públicas tendremos que regresar al coloniaje. Es cierto que a más de un liberto agrada el regreso, pero esos son la escoria, y hay que hacerla a un lado. Con urgencia hay que dar la ley, ya que no es posible pensar en que la cultura obre el prodigio tan rápidamente como es preciso, que señale a hombres y a mujeres que la indiferencia por los valores de la nación recibirá la pena de traición. Solo así, nos salvamos. Todo lo esperamos de los demás. Y para ser dignos tenemos que reaccionar, enardecernos y acabar con la vergüenza de sentarnos a esperar tranquilamente el resultado de problemas que requieren el sacrificio común.

Juan del Camino

Cartago y febrero de 1930.

TESTIMONIOS

Si intelectual ha de querer decir un hombre que vive sobre todo de la inteligencia, preocupado por los problemas de la alta cultura, dedicado a la ciencia pura más bien que a sus aplicaciones, a la estética, a la lógica, a la ética, a la filosofía, entonces no hay por qué confundirlo con un hombre de carrera. Los más grandes filisteos que conozco, los más decididos odiadores de la ciencia y de la teoría están entre médicos, abogados, ingenieros, etc., etc. El poder exhibir un título académico no da derecho a pretender intelectualidad. Es más aun, conozco terribles filisteos y hasta aborrecedores de toda ciencia entre catedráticos, entre hombres cuyo oficio es enseñarla. Y se vengan de tener que hacer como que la enseñan, sin vocación ni gusto para ello, aborreciéndola. Su aparente magisterio no es más que una ganapanería.—Miguel de Unamuno. 1916.

Plebs (la plebe) y demos (el pueblo) no son términos equivalentes, como no lo son democracia y plebecia. En ambos estados

de cultura, el sufragio universal puede usarse como instrumento de la voluntad colectiva, pero sus resultados son enormemente diversos. Mientras el plebiscito engendra, verbigracia, con entusiasmo delirante, al jactancioso mandón sudamericano, el voto democrático consagra sin ruidosos alardes a Wilson o a Mac Donald.—Carlos N. Caminos.

Habría más humildad y estudio si no hubiera todas esas ilusiones de universidad y de cosas con que se engaña al público y se engañan a sí mismos, para ahorrarse la molestia de trabajar y estudiar toda la vida, que es lo que se necesita para saber algo.—Sarmiento.

¿Cómo los filisteos se inclinan a creer en el progreso metafísico! ¡Y cuán despacio se arrastró su carreta reseca, durante los pasados siglos! Hubo individuos y grupos que se elevaron a alturas asombrosas ya en los tiempos más antiguos. Pero ¿las masas...?—León Trotski.

Desde que Europa se ha civilizado de uno a otro confin, sus habitantes pueden dividirse en profesiones antes que en nacionalidades. Así, no todos los franceses, no todos los ingleses, no todos los españoles se parecen unos a otros, sino solamente a aquellos que en cada uno de estos países reciben una misma educación, hacen una misma vida. Todos sus juristas se parecen por su devoción por la forma, su pasión por el subterfugio; todos sus eruditos se parecen por su pedantería; los comerciantes, por su avaricia; los marinos, por su rudeza; los cortesanos, por su flexibilidad.—Fr. Bourgoing.

A los ingleses se les puede aplicar lo que Maquiavelo decía de los venecianos: «sus tratados de paz son más funestos para sus vecinos que el avance de sus ejércitos».—M. Gilbert de Merlhac.

En lo que se refiere a la fe de los españoles en la religión católica, hay que decir que la devoción no fué óbice para que Carlos III, en 1776, tratase despiadadamente a los jesuitas. Traíanlos a Cartagena, no lejos de Cádiz, de todos los extremos de España, en carretas. Durante el camino sufrieron las necesidades más horribles: nadie quería recibirlos, y muchos de ellos perecieron. Desde aquí los enviaban derechitos al Padre Santo, a los dominios del Vaticano. Los fines del muy católico Gobierno español eran robar las riquezas de la Orden. La devoción, lo mismo que la mansedumbre, terminan donde empiezan los intereses.—León Trotski.

Acerca del Perú, y en 1893:

... Pero la guerra no ha quitado definitivamente al Perú sino la salitreras de Tarapacá, que no representaban, lo mismo que ahora, sino la plétora perniciosa y malsana para el fisco nacional: es decir, los medios de fomentar la corrupción política en sus peores formas.

... La importación total durante el año de 1891 ha sido de 15 millones de soles, y la exportación de 12 millones: la diferencia se salda con liquidaciones, ventas, hipotecas usurarias. El presupuesto de la administración alcanza a 7 millones de soles, merced a un sistema de impuestos agobiador para las escasas fuerzas del país: supera la mitad de la exportación nacional. Hace poco menos de veinte años que, por vía de empréstitos, acciones y empeños, los gobiernos sucesivos han enajenado las fuentes de recursos más valiosas del Perú. Los mismos pastores han abierto las puertas del redil a los lobos de afuera. Algunos gobernantes han recogido, en esas pobres cajas semivacias, fortunas escandalosas. En la actualidad, la suerte del Perú está fluctuando entre el exdictador Piérola, que entregó a Lima y enriqueció a Dreyfus, y el general Cáceres que perdió la última batalla y cedió a Grace los ferrocarriles y las minas del Cerro de Pasco. Este candidato es impopular en Lima y tiene en contra suya al Congreso; pero será elegido porque no existen en el Perú ni partidos organizados, ni elecciones, ni convenciones, ni cosa alguna que se parezca a vida política: nada que no sea la vegetabilidad inconsciente e inerte de las grandes postraciones.—Paul Groussac.

(Del Plata al Niágara, Buenos Aires, 1925)